



Getsemaní sacerdotal

Hora Santa en la noche del Jueves Santo 2024

PREPARATIVOS

La Hora santa consta de tres partes, que discurren a través de cada uno de los discípulos predilectos, Pedro, Santiago y Juan. Cada parte consta de un texto del evangelio, un comentario meditación, seguido de un silencio, un canto, un texto de san Juan de Ávila y un doble signo acompañado de una oración por el Papa, los sacerdotes y los seminaristas

Para los signos preparar: una roca y una estola morada; un cayado y una estola roja; un cáliz y una estola blanca. Asimismo, preparar copias para que los fieles puedan rezar cada una de las tres oraciones que se proponen al final de cada bloque. Disponer también las canciones que se proponen u otras que se consideren apropiadas para cada una de las partes.

INTRODUCCIÓN

CANTO: *Mi Getsemaní*

✠. En el nombre del Padre y del Hijo y del Espíritu Santo.

✠. Amen.

Queridos hermanos: La Liturgia del Triduo santo nos permite hacernos contemporáneos a aquellos acontecimientos únicos que marcaron la *hora* decisiva del Hijo de Dios. Esta tarde el Señor nos sentaba en el cenáculo para darnos el regalo de su Cuerpo y Sangre y de su Sacerdocio.

En nuestra archidiócesis estamos viviendo un año especialmente dedicado a la vocación sacerdotal. Queremos que esta hora santa junto al Señor en Getsemaní sea vivida en clave sacerdotal, para agradecer a Dios el don de su sacerdocio que hace posible su presencia en medio de nosotros para seguir recibiendo en cada momento su gracia y ayuda.

Jesús tras cantar los salmos salió hacia Getsemaní. Se trababa de una finca donde solía retirarse con los suyos para confiarles las intimidades del Padre. Era de noche. La tradición marcaba que nadie saliese de casa pues la muerte rondaba por las calles. Jesús no tiene miedo a quien puede destruirnos en cuerpo y alma, y sale con arrojo y determinación a dar la batalla al demonio. Getsemaní es el lugar de la lucha intensa entre Satanás y el Hijo de Dios. Todos los pecados y rebeldías de todos los hombres de cualquier lugar y tiempo se ciernen sobre Jesús. Su dolor es intensísimo. Él abraza todos nuestros sufrimientos y dolores. Él carga todos nuestros pecados y trasgresiones. Su alma está triste hasta la muerte. Y Lucas certifica que suda hasta gotas de sangre. Getsemaní se convierte en lagar, donde Cristo es prensado por amor hacia cada uno de nosotros.

Aquel lugar de intimidades va a ser profanado por uno de los Doce, Judas. El beso, instrumento de amor y de afecto, muta en gesto de traición amarga. Dolor cruel en las entrañas de Aquel que nos ama en extremo.

Pero en medio de aquel abismo de crueldad, Dios envía un ángel que lo conforta y le anima a abrazar la *hora* para la que ha venido; aquella en la que el Padre será glorificado. Aquel ángel es también expresión de todas nuestras reparaciones, de nuestras buenas obras, del ejercicio de la caridad sincera, de la verdad defendida y proclamada. Jesús siente el consuelo de los mártires, de las vírgenes, de los evangelizadores, de los padres de familias, de los esposos fieles, de los dirigentes justos, de los sacerdotes celosos y leales, de los niños piadosos, de las almas en fin que se hacen gemelas de la suya en la vivencia de la caridad sin límites.

Hoy, como a Pedro, Santiago y Juan el Señor nos invita: *Quedaos aquí y velad para no caer en tentación*. Hoy somos sus predilectos, queremos escuchar los latidos de sus entrañas, que un día recibieron los nombres de los Doce y particularmente los de estos tres discípulos y apóstoles. También los nuestros.

PRIMERA PARTE

PEDRO



EVANGELIO

Del Evangelio según san Lucas

22,31-34

Dijo el Señor: Simón, Simón, mira que Satanás os ha reclamado para cribaros como trigo. Pero yo he rogado por ti, para que tu fe no se apague. Y, tú, cuando te hayas convertido, confirma a tus hermanos. Él le dijo: Señor, contigo estoy dispuesto a ir incluso a la cárcel y a la muerte. Pero él le dijo: Te digo, Pedro, que no cantará hoy el gallo antes de que tres veces hayas negado conocerme.

MEDITACIÓN

El sueño ha vencido al apóstol. Duerme. Aún no comprende el alcance de las palabras del maestro. El duro pescador de Galilea fue elegido y llamado en su barca. Un día el Señor se sentó y desde allí exhortaba a la multitud. Mandó a Simón que remara mar adentro y, al secundar esta orden, se produjo el milagro; las redes reventaron y un Simón asombrado reconoció su pobreza ante Jesús: *Apártate de mí, Señor, que soy un pecador*. Fue entonces cuando recibió su vocación, la de ser *pescador de hombres*.

Simón fue introducido en la escuela de Cristo y en Cesárea de Filipo, al lanzar Jesús aquella pregunta: *¿Y vosotros quien decís que soy yo?* Simón, atravesado por el Espíritu Santo, respondió: *Tú eres el Mesías, el Hijo de Dios*. El Señor lo declaró bienaventurado y cambiándole el nombre —Pedro— le anunció que sobre él edificaría su Iglesia.

El carácter primario del apóstol no cambia junto a Jesús, disuade a los niños de la presencia del maestro; ante el anuncio de la pasión quiere alejar el escándalo de la cruz. Y el Señor con paciencia extrema le corrige: *Dejad que los niños se acerquen a mí, de los que son como ellos es el Reino de los cielos*; no pienses mundanamente, el que quiera ser discípulo mío que tome su cruz de cada día y camine detrás de mí hacia Jerusalén. Si a mí me han perseguido, a vosotros os perseguirán.

Pedro, junto a Santiago y Juan, ha participado en la resurrección de la hija de Jairo y en la experiencia del monte Tabor. Ha gustado del cielo en la tierra, queriendo retener aquella escena con la construcción de las tres tiendas, pero el Señor le invita también a bajar del monte para dirigirse a otro, el del Calvario. Sin embargo, Pedro no alcanza a comprender aún la profundidad de estos acontecimientos y de las palabras del Señor Jesús.

En la última cena acaba de mostrar su terquedad al no dejarse lavar los pies. Asimismo, su osadía al aseverar que, aunque todos dejen a Jesús, él no, dará su vida por el maestro. Aún sabiendo Jesús su proceder no duda en declararle su sacerdote: *Haced esto en memoria mía.*

Simón Pedro duerme, ni siquiera una hora ha podido velar junto a Jesús para sostener su angustia y su ofrenda al Padre. Ha entrado en Getsemaní, pero Getsemaní no ha entrado en él. Y falta de aquel diálogo de intimidad con el Padre le lleva a no declarar su identidad ante los hombres: *Yo no soy discípulo suyo. Claro contraste con el Yo soy de Cristo en el prendimiento. Así Pedro llorará su amarga cobardía.*

Pero este corazón sacerdotal conserva intacta la confianza en la palabra del maestro *setenta veces siete*. Satanás le ha cribado, pero también el Espíritu Santo le va a llevar a la serena conversión, para que levantara como aquel que confirme en la fe a sus hermanos: *Simón, hijo de Juan, ¿me quieres? Sí, Señor, tú lo sabes todo, tú sabes que te quiero. Apacienta mis ovejas.* Jesús le confiará su Iglesia.

Pedro es piedra de la Iglesia, que ininterrumpidamente ha sido sostenida a través de los siglos por Dios. La barca de la Iglesia ha recibido golpes en medio de la travesía, pero el Espíritu Santo la conduce a buen puerto. Hoy queremos dar gracias a Dios por la sucesión apostólica, donde hallamos el garante de nuestra unión con Cristo; hombres de barro, como el mismo Simón, pero atravesados por el amor a Cristo. Hoy pedimos por Francisco, para que nos confirme en la fe, en la verdad de la caridad, en la caridad de la verdad. Hoy agradecemos a Dios su ministerio petrino.

SILENCIO

CANTO: *Siervo por amor*

TEXTO SANTO SACERDOTE: EL SACERDOCIO: MISTERIO, DON Y GOZO

De los escritos de san Juan de Ávila

«No tenía este grande Sacerdote qué ofrecer por los pecados del mundo sino a sí mismo. Porque de aquel miramiento de los ojos de Dios a la faz de Cristo salió el fuego del Espíritu Santo, que abrasó los dones que este gran Pastor y Pontífice ofreció a su Padre. Somos por este Pastor traídos en sus hombros; y por traernos él, miranos el Señor, haciendo que lo miremos a él.

La intención del Señor fue: que el sacerdote, que representa al Señor en su Pasión y en su muerte, le represente también en la mansedumbre con que padeció, en la obediencia, aun hasta la muerte de cruz, en la limpieza de la castidad, en la profundidad de la humildad, en el fuego de la caridad que haga al sacerdote rogar por todos con entrañables gemidos, y ofrecerse a sí mismo a pasión y muerte por el remedio de ellos, si el Señor le quisiere aceptar. Y, en fin, ha de ser la representación tan verdadera, que el sacerdote se transforme en Cristo.

Pues que, por la gracia de Jesucristo, es vuestra merced sacerdote, asaz tiene en qué entender para dar buena cuenta de oficio tan alto y tremendo aun para hombros de ángeles. Estime mucho este misterio, agradezca esta merced, y esta consideración le sea bastante a recogerle cuando estuviere distraído y a ponerle espuelas cuando se viere flojo, y así se enseñoree de su corazón esta merced, que por ella se tenga por muy obligado a servir con gran diligencia al Señor; y le ponga gran cuidado para así ejercitar oficio tan soberano, que agrada a los ojos del que se lo dio.

No hay cosa que más nos levante a esperar que el ser amados de Dios; y no hay señal tan clara de este amor, cuanto es de su parte, como el haber dado por nosotros su vida. Pues este “Dios de esperanza”, dice san Pablo, “os hincha de paz y gozo” (cf. Rom 15, 13), no en escudriñar lo que hace, mas en creer con simplicidad que él es la verdadera sabiduría de los que en este destierro vivimos. Y pues nuestro Señor ha comenzado a abrir los ojos a vuestra merced, tiene por qué gozarse por la nueva merced; más tiene por qué temer si no la sabe conocer y acrecentar».

Breve silencio

SIGNO Y PETICIÓN

Tras un breve silencio dos personas se acercan y sitúan junto a la Reserva eucarística una piedra y una estola morada, signos de san Pedro; la piedra en la que se fundamenta la Iglesia del Señor y la estola morada con la que se ejerce el poder de atar y desatar confiado por Cristo. Pedimos por el Papa Francisco, por su salud, intenciones, para que nos confirme cada día en la verdad del Evangelio.

Te pedimos, Señor, que, así como concediste a san Pedro ser cimiento y pilar de tu Iglesia, dándole el poder de atar y desatar; el Papa Francisco sea fortalecido en su ministerio apostólico de confirmar a los hermanos en verdad del Evangelio y nos invite a todos a acercarnos al perdón para desatar nuestras cadenas.

Por nuestro Papa. Oración por el Santo Padre Francisco

Todos juntos rezamos esta oración:

Señor, buen Pastor de la humanidad, que confiaste a Pedro y a sus sucesores la misión de fortalecer a los hermanos en la fe y de iluminarles en la escucha de la Palabra.

Te pedimos que tu Espíritu de Sabiduría ilumine al Papa Francisco en su misión de Sucesor de Pedro; que tu misericordia le proteja y conforte; que el testimonio de tus fieles le anime en su misión y que la tierna presencia de María sea para él señal de tu amor; que él sea fuerte en la fe, audaz en la esperanza y celoso en la caridad. Amén.

SEGUNDA PARTE

SANTIAGO

EVANGELIO

Del Evangelio según san Marcos 10, 35-40. 43-44

Se le acercaron los hijos de Zebedeo, Santiago y Juan, y le dijeron: «Maestro, queremos que nos hagas lo que te vamos a pedir». Les preguntó: «¿Qué queréis que haga por vosotros?». Contestaron: «Concedéndonos sentarnos en tu gloria uno a tu derecha y otro a tu izquierda». Jesús replicó: «No sabéis lo que pedís, ¿podéis beber el cáliz que yo he de beber, o bautizaros con el bautismo con que yo me voy a bautizar?». Contestaron: «Podemos». Jesús les dijo: «El cáliz que yo voy a beber lo beberéis, y seréis bautizados con el bautismo con que yo me voy a bautizar, pero el sentarse a mi derecha o a mi izquierda no me toca a mí concederlo, sino que es para quienes está reservado». Jesús, llamándolos, les dijo: «el que quiera ser grande entre vosotros, que sea vuestro servidor; y el que quiera ser primero, sea esclavo de todos».



MEDITACIÓN

Santiago también duerme. Este apóstol que fue llamado junto a su hermano Juan en la barca no comprende lo que está sucediendo. En aquella jornada de trabajo, Jesús descendió hasta su oficio y al mirarle le llamó. Santiago, inmediatamente dejó la barca y a su padre y se fue detrás de Jesús.

Comenzó entonces a ser discípulo, escuchando las palabras del maestro. Le volvemos a encontrar en la resurrección de la hija de Jairo y en el Tabor. Pero de singular importancia es la escena del tercer anuncio de la pasión que Jesús hace a los suyos. Su osadía, junto a la de su hermano Juan, le lleva a pedir a Jesús un primer puesto en su Reino. No habían entendido nada. Jesús anuncia su pasión y muerte y ellos quieren un puesto de honor. Sin embargo, Jesús quiere llevarlos al verdadero discipulado y anticipa su destino apostólico, el martirio: *El cáliz que yo voy a beber lo beberéis, y seréis bautizados con el bautismo con que yo me voy a bautizar.*

Asimismo, les señala con claridad quién es el primero en su Reino, que no es de este mundo: aquel que se hace diácono, servidor, aquel que está pendiente de que a nadie le falte nada; aquel que se hace esclavo, el que ocupa el oficio más bajo en el rango social de entonces. Es lo que el mismo Jesús ha vivido desde su Encarnación: hacerse gemelo con el último y servidor de todos. Ahora lo está a punto de coronar.

El Santiago que entonces no entiende, arderá —atravesado por el Espíritu Santo— en el amor apasionado a Cristo y le llevará a traernos la fe a nuestro suelo patrio. Será el primero que vierta su sangre en Jerusalén. Su testimonio martirial es fecunda sementera de cristianos.

Agradecemos a Dios el don de la fe recibida del apóstol. Asimismo, el que nos haya cuidado y nos siga cuidando a través de pastores conforme a su corazón en tantos sacerdotes, colaboradores de los obispos, que han mantenido viva esta llama en el ejercicio celoso e incasable de su ministerio. Oración y memoria agradecida de todos los sacerdotes de todos los siglos y particularmente de aquellos que nos bautizaron, perdonaron nuestros pecados, nos dieron la primera comunión y tantas otras, bendijeron nuestros matrimonios, ungieron a nuestros enfermos, enterraron a nuestros muertos. Toda una síntesis de que Tú, Jesús, estás siempre con nosotros hasta el fin del mundo.

SILENCIO

CANTO: *Señor, a quién iremos*

TEXTO SANTO SACERDOTE: LA CARIDAD PASTORAL Y EL CELO APOSTÓLICO: MARÍA COMO MODELO

De los escritos de san Juan de Ávila

«¡Oh, eclesiásticos, si os mirádes en el fuego de vuestro amor principal, Cristo, en aquellos que os precedieron, apóstoles y discípulos, obispos y mártires y pontífices santos! Sobre todo conviene al cura tener verdadero amor a nuestro Señor Jesucristo, el cual le cause un tan ferviente celo, que le coma el corazón, teniendo para con Dios un corazón de hijo leal, y para con sus parroquianos, de verdadero padre y verdadera madre. Han sido elegidos para pastores y criadores del ganado, que los apacienten en los pastos de ciencia y doctrina y aunque sea con derramar sangre y dar la vida, como hizo Cristo, y dijo que este tal es el Buen Pastor. El celo por las almas es hijo del amor. ¡Si de verdad nos quemase las entrañas el celo de la casa de Dios! ¡Cómo tendrá paciencia en ver las esposas de Cristo enajenadas de Él y atadas con ñudo de amor tan falso como el que el Señor aborrece! Ha de arder en el corazón del eclesiástico un fuego de amor de Dios y celo de almas. “El buen pastor da su vida por las ovejas” (cf. Jn 10, 11), como hizo Cristo a imitación del buen pastor que da la vida por sus ovejas. Que, si hubiese en la Iglesia corazones de madre en los sacerdotes que amargamente llorasen de ver muertos a sus espirituales hijos, el Señor, que es misericordioso, les diría lo que a la viuda de Naím: “No quieras llorar”. Y les daría resucitadas las ánimas de los pecadores.

¡Oh, dichosos pastores que participaren algo de aquesta hambre y sed de salvación de ánimas que tuvo el Señor! En cruz murió el Señor por las ánimas; hacienda, honra, fama y a su propia Madre dejó por cumplir con ellas; y así quien no mortificare sus intereses, honra, regalo, afecto de parientes, y no tomare la mortificación de la cruz, aunque tenga buenos deseos concebidos en su corazón, bien podrán llegar los hijos al parto, mas no habrá fuerzas para los parir.

Porque lo que su esposo e Hijo Jesucristo había ganado en el monte Calvario derramando su sangre, ella lo guardaba y cuidaba y procuraba acrecentar como hacienda de sus entrañas. Pastora, no jornalera que buscase su propio interés, pues que amaba tanto a las ovejas que, después de haber dado por la vida de ellas la vida de su amantísimo Hijo, diera de muy buena gana su vida propia, si necesidad de ella tuvieran. ¡Oh, qué ejemplo para los que tienen cargo de ánimas!».

Breve silencio

SIGNO Y PETICIÓN

Tras un breve silencio dos personas se acercan y sitúan junto a la Reserva eucarística un cayado y una estola roja, signos de Santiago apóstol; el cayado, la Cruz de Cristo, Palabra y Eucaristía, sobre el que se apoyó para anunciar en nuestro suelo patrio el Evangelio de la vida, que le llevó a derramar su sangre en Jerusalén (estola roja). Al realizar este signo, pedimos por nuestros sacerdotes, para que, apoyados en Cristo, atravesados por su amor, anuncien con fuego las Escrituras hasta las últimas consecuencias.

Te pedimos, Señor, que, así como otorgaste a Santiago apoyarse en tu Palabra y en tu Eucaristía, para traernos la fe a España, y derramar su sangre en el martirio; concedas a todos los sacerdotes, que, apoyados en Cristo y atravesados por su amor, anuncien con fuego las Escrituras hasta las últimas consecuencias.

Nuestros pastores. Oración por nuestros sacerdotes

Todos juntos rezamos esta oración:

Omnipotente y eterno Dios, mira el rostro de tu Divino Hijo y, por amor a Él, ten piedad de tus sacerdotes.

Recuerda que no son sino débiles y frágiles criaturas, mantén vivo en ellos el fuego de tu amor y guárdalos para que el enemigo no prevalezca contra ellos y en ningún momento se hagan indignos de su santa vocación.

Te ruego por tus sacerdotes fieles y fervorosos, por los que trabajan cerca o en lejanas misiones y por los que te han abandonado.

¡Oh, Jesús! te ruego por tus sacerdotes jóvenes y ancianos, por los que están enfermos o agonizantes y por las almas de los que estén en el purgatorio.

¡Oh, Jesús! te ruego por el sacerdote que me bautizó, por los sacerdotes que perdonan mis pecados, por aquellos a cuyas misas he asistido y asisto, por los que me instruyeron y aconsejaron, por todos para los que tengo algún motivo de gratitud.

¡Oh, Jesús! guárdalos a todos en tu Corazón, concédeles abundantes bendiciones en el tiempo y en la eternidad. Amén.

TERCERA PARTE

JUAN

EVANGELIO

Del Evangelio según san Juan

13, 23-27

Jesús se turbó en su espíritu y dio testimonio diciendo: «En verdad, en verdad os digo: uno de vosotros me va a entregar». Los discípulos se miraron unos a otros perplejos, por no saber de quién lo decía. Uno de ellos, el que Jesús amaba, estaba reclinado a la mesa en el seno de Jesús. Simón Pedro le hizo señas para que averiguase por quién lo decía. Entonces él, apoyándose en el pecho de Jesús, le preguntó: «Señor, ¿quién es?». Le contestó Jesús: «Aquel a quien yo le dé este trozo de pan untado». Y, untando el pan, se lo dio a Judas, hijo de Simón el Iscariote. Detrás del pan, entró en él Satanás. Entonces Jesús le dijo: «Lo que vas a hacer, hazlo pronto»



MEDITACIÓN

Juan en esta ocasión se ha dejado vencer por el sueño, pero su corazón, como el de su maestro, vela. Seguidor del Bautista, buscó a Jesús con pasión: *Maestro, ¿dónde vives? Venid y lo veréis. Fueron y vieron, era como la hora décima.* Juan guarda en su interior la hora exacta del amor primero, de la llamada de Jesús. Ya nunca lo podrá olvidar. Es el verdadero discípulo, que a los pies del maestro guarda —como María— todas y cada una de las palabras y gestos de Jesús.

Al “con-siderar” todo lo que viene del maestro, su corazón arde como hoguera de caridad. Ha escuchado predicaciones, ha contemplado signos, y nos lo ofrece en un evangelio marcado por la profundidad y la altura de aquel que es amado y ama con corazón indiviso y fiel a su Señor. En el evangelio nos muestra siete *signos*, que van presentando a Jesús como el verdadero Hijo de Dios y que conducen a la *hora* para la cual ha venido, la de la elevación en la cruz para atraer a todos hacia sí. Ahí revelará la *gloria* de Quien lo envió, para que todos tuviésemos vida eterna; ahí revela que Dios es amor.

Juan nos muestra a Jesús como el Verbo de la vida, como el verdadero Pan bajado del cielo, hecho carne en el seno de María, que se nos da como comida de salvación: *El que come mi carne y bebe mi sangre tiene vida eterna y yo lo resucitaré el último día.*

Juan ha permanecido unido a Jesús, como sarmiento a la vid, consciente de que sin Él no puede hacer nada. Y esa unidad serena le lleva en estas horas a permanecer junto al Maestro y Señor. Unido a María, la Madre de Jesús, está *de pie* junto a la cruz. No tiene miedo ni vergüenza a declararse discípulo del Nazareno, es su Todo. Y esa

lealtad viene correspondida con el mayor regalo por parte del Maestro: *Ahí tienes a tu hijo; ahí tienes a tu madre.*

Juan, el contemplativo, nos muestra así los matices de las entrañas redentoras de Cristo y nos anuncia la victoria de la mujer vestida de sol sobre el dragón, donde se abren los cielos nuevos y la tierra nueva.

Hoy agradecemos al Señor la vida y la llamada de los que han sido elegidos por el Padre y llamados por Cristo a ser sus sacerdotes, los seminaristas; por su respuesta generosa que quiere ser mantenida cada día en la escuela discipular del Seminario. Pedimos que los seminaristas aprendan el método nuevo y libre de permanecer en la intimidad con el Maestro, para vivir arraigados en la verdad y ser atravesados por la caridad, de modo que tengamos pastores conforme al corazón bueno de Dios, fieles, auténticos, humildes, leales a Cristo y a su Iglesia.

SILENCIO

CANTO: *Yo soy el camino firme*

TEXTO SANTO SACERDOTE: LA ORACIÓN, EL QUEHACER SACERDOTAL

De los escritos de san Juan de Ávila

«Cuando los quieren ordenar, examínanlos si saben cantar y leer, si tienen buen patrimonio; pues ya, si saben unas pocas de cánones y tienen buen patrimonio, ¡sus!, ordenar. ¿En qué examinará Dios? En la caridad para con todos y en la oración, si saben bien orar y importunar a Dios por los prójimos y amansarlo y hacer amistades entre Dios y los hombres, y sentir males ajenos y llorarlos, y sentir lo que no conocieron y lo que no vieron.

Dice san Ambrosio pidiendo socorro de oraciones ajenas: “De estos, Señor, tú no rechazas nunca las oraciones, si tú mismo les has inspirado para que oren por mí”. Tal fue la oración de Moisés cuando alcanzó perdón para el pueblo, y la de otros muchos (cf. Éx 32, 30-32); y tal conviene que sea la del sacerdote, pues es oficial de este oficio y constituido de Dios en él; y, por consiguiente, conviene que sea muy primo oficial y que haga obras del oficio, no solo iguales, mas muy aventajadas de los que no son oficiales. Y así, cuando el Señor quiere hacer algún bien por medio de la oración del sacerdote, inspírale que lo pida; y pídelo con tanto afecto y confianza, que le deja rastros en el ánimo para pensar que su oración no ha dado el golpe en vano, sino muy en lleno. Y veces hay que inspira el Señor que pidan cosas en general, como conversión de infieles, el bien de la Iglesia...; otras veces, por personas particulares; y no pocas veces, queriendo el sacerdote rogar por uno, se le viene otro y se pone por delante otro; y por este es movido a rogar con mucha afección, aunque ni se acordaba de él ni lo pensaba hacer; y no ora, o muy flojamente, por quien él deseaba.

Y si a todo cristiano está encomendado el ejercicio de oración y que sea con instancia y compasión, llorando con los que lloran, ¿con cuánta más razón debe de hacer esto el que

tiene por propio oficio pedir limosna por los pobres, salud para los enfermos, rescate para los encarcelados, perdón para culpados, vida para muertos, conservación de ella para vivos, conversión para los infieles, y, en fin, que, mediante su oración y sacrificio, se aplique a los hombres el mucho bien que el Señor en la cruz les ganó? Y si de aquellos sacerdotes hubiese que, como otra viuda de Naím, llorase al hijo muerto (cf. Lc 7, 11ss), importunase al Señor como la cananea (cf. Mt 15, 22ss), y le ofreciese devotos ruegos por el hijo endemoniado (cf. Mt 17, 14ss), que unas veces lo lanza en el fuego el demonio, y otras en el agua, consolarlos hía el Señor, diciendo: «no quieras llorar» (cf. Lc 7, 13); y darlos hía ánimas resucitadas y sanas, como dio a las otras personas corporal salud y vida; y, por ventura, espiritual también para sus hijos».

Breve silencio

SIGNO Y PETICIÓN

Tras un breve silencio dos personas se acercan y sitúan junto a la Reserva eucarística un cáliz y una estola blanca, signos de san Juan; el cáliz que el Señor le aseguró bebería y la blancura de su corazón virginal. Pedimos esta gracia para nuestros seminaristas y sacerdotes al realizar este signo.

Te pedimos, Señor, que, así como concediste a san Juan beber tu cáliz y conservar la inocencia y virginidad de corazón, hagas que nuestros seminaristas beban el cáliz de la fidelidad a Cristo desde las cosas pequeñas, te amen con un corazón indiviso y sean así pastores llenos de celo por las almas.

Nuestros seminaristas. Oración por nuestros seminaristas y las vocaciones

Todos juntos rezamos esta oración:

Oh, Jesús, Salvador nuestro, Tú que confiaste a los sacerdotes, el poder de celebrar la Eucaristía, perdonar los pecados, administrar los Sacramentos, predicar con autoridad la Palabra de Dios y velar por la salvación de todos los hombres, te pedimos por la santificación de los sacerdotes y seminaristas.

Danos, Señor, sacerdotes santos que, inflamados del fuego de tu amor, no procuren otra cosa que tu gloria y la salvación de aquellos a los que Tú les encomiendas.

Te pedimos, Señor, por aquellos jóvenes que están preguntándose por la vocación sacerdotal para que puedan escuchar tu voz y responder a tu llamada.

Señor Jesús, tu Iglesia y el mundo necesitan hombres generosos que se entreguen a Ti para ser apóstoles tuyos. Elige a los que quieras; llama y da la valentía para dejarlo todo y seguirte siendo sembradores de tu doctrina de amor y portadores de tu salvación. Amén.

MONICIÓN FINAL:

Permanezcamos en vela junto al Maestro, acompañémosle en su prendimiento, juicios, flagelos, espinas, humillaciones; apoyemos nuestro hombro al suyo para consolarlo camino de la cruz. Meditemos sus últimas horas a través de los evangelios, para agradecer su amor sin medida en esta entrega sacerdotal de su vida para que todos tengamos vida eterna. Cristo, sacerdote, cordero y víctima inaugura así su sacerdocio, que acaba de entregar a los Doce, para de ser Emmanuel, Dios-con-nosotros, Dios-en-nosotros en la Eucaristía.

✠. Bendigamos el Señor.

✠. Demos gracias a Dios.

*Un buen pastor, un pastor según el Corazón de Dios,
es el tesoro más grande que el buen Dios puede conceder a una parroquia,
y uno de los dones más preciosos de la misericordia divina”.*

Si desapareciese el sacramento del Orden, no tendríamos al Señor.

*¿Quién lo ha puesto en el sagrario? El sacerdote. ¿Quién ha recibido vuestra alma
apenas nacidos? El sacerdote. ¿Quién la nutre para que pueda terminar su
peregrinación? El sacerdote. ¿Quién la preparará para comparecer ante Dios,
lavándola por última vez en la sangre de Jesucristo? El sacerdote, siempre el
sacerdote. Y si esta alma llegase a morir [a causa del pecado],
¿quién la resucitará y le dará el descanso y la paz? También el sacerdote...*

¡Después de Dios, el sacerdote lo es todo!...

Él mismo sólo lo entenderá en el cielo”.

San Juan María Vianney

